

Sociabilidades urbanas

Josepa Cucó i Giner

Universidad de Valencia

Palabras clave:

antropología urbana, sociabilidad urbana, campo de sociabilidad, espacio público, sociabilidad central, sociabilidad periférica.

Resumen:

Tomando la ciudad de Valencia como eje para escrutar las sociabilidades urbanas, el artículo enfoca cuatro ámbitos específicos (el entramado asociativo de las Fallas, la sociabilidad de los inmigrantes, el movimiento amplio de mujeres y los movimientos urbanos de protesta), que tienen como atributo la capacidad de expandirse más allá de las fronteras de los recintos que les son propios para proyectarse en el espacio público, apropiarse de él temporal o cíclicamente, moldeando con su actividad el acontecer de la urbe. Sobre esta base empírica se abordan ciertas cuestiones de carácter más general, para lo que se emplean las nociones de campo de sociabilidad y grado de centralidad de los campos de sociabilidad. Tales conceptos facilitan la comparación de las sociabilidades específicas y permiten situarlas dentro del *continuum* centralidad-periferia.

En este artículo me intereso por los fenómenos que se dan en el campo formado por la intersección entre sociabilidad y espacio urbano. Para adentrarme en él tomo como referencia el panorama que nos ofrece al respecto la ciudad de Valencia, una metrópoli varada a orillas del Mediterráneo que ha experimentado una transformación más que notable en los últimos años.¹ Sobre esa base empírica, abordo algunas cuestiones de carácter más general que proyectan nuestra mirada sobre ciertos aspectos de la sociabilidad urbana que nos adentran en la especificidad de las sociabilidades locales coetáneas, en sus intersecciones y fronteras. En este sentido, el trabajo se inscribe en una línea que llevo desarrollando desde hace tiempo focali-

¹ La magnitud del cambio urbanístico es probablemente el rasgo que mejor caracteriza el proceso en que se encuentra inmersa Valencia y la comarca de L'Horta, que antes rodeaba la ciudad y ahora se confunde con ella para conformar inequívocamente una metrópoli. Dicha comarca ocupa una superficie de unos 630 km², integra

zada en el nivel de análisis “meso”, cuya concreción más palpable son las que he convenido en llamar las estructuras intermedias, entre las que la sociabilidad ocupa un lugar destacado (Cucó, 2004: 115 y ss.).

Desde Simmel (1986, 1999) se ha señalado reiteradamente que la modernidad ha dotado al espacio urbano de una sociabilidad distintiva caracterizada por la indiferencia emocional y la reserva cortés, un tipo de sociabilidad contenida y distante que tiene al transeúnte como actor principal. Junto a ella florecen también otras formas de sociabilidad que característicamente combinan, aunque en grado e intensidad variables, la afectividad y la proxemia. Es esta última sociabilidad la que me interesa especialmente, una sociabilidad que defino como el conjunto de relaciones y prácticas organizadas que se desarrollan en el ámbito intermedio entre el núcleo familiar y las esferas del Estado y del mercado, altamente formalizadas y con lógicas propias. A nivel local, las relaciones y prácticas de sociabilidad conforman redes y grupos sociales que son dinámicos y variables y se hallan inscritos en las formas de vida cotidiana. En este nivel el peso de la sociabilidad es notorio: dota de especificidad y sentido la trama organizativa de cada sociedad concreta; ordena parcialmente lo que ocurre en los contextos de copresencia y de interacción cara a cara; canaliza y modula el resultado de los factores y tendencias

44 municipios y concentra más de un tercio del total de la población valenciana (4.692.449 habitantes), de los que 796.549 corresponden a la capital (INE, 2005). A partir de 1991, Valencia experimenta una acelerada expansión urbanística que se combina con la puesta en marcha de una serie de espectaculares y carísimos proyectos arquitectónico-urbanísticos cuyo símbolo emblemático es el costoso complejo de la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

sociales estructurales; favorece tanto la pervivencia de las formas culturales aceptadas como el surgimiento y consolidación de otras emergentes y nuevas. Los principales actores de esta esfera –redes y agrupaciones de todo tipo– son regularmente percibidos como entidades solidificadas y exentas, dotadas con frecuencia de algún tipo de sede.

Así planteado, el terreno de la sociabilidad es inmenso, por eso aprovecho la sombra que proyecta su intersección con el espacio público para acotar una parcela de estudio un poco más manejable y llevadera: la conformada por una sociabilidad que se expande más allá de las fronteras del espacio interior y privado para proyectarse en el espacio público y apropiarse de él temporal o cíclicamente, consolidando o trastocando con su actividad el orden establecido. La ciudad que construyen con sus prácticas y discursos los actores que por ella se mueven tienen la virtud de convertir el sitio en espacio urbano, un espacio que “genera y donde se genera la vida urbana” (Delgado, 2007: 12).

Para adentrarme en esta parcela de la sociabilidad urbana selecciono cuatro ámbitos que por razones distintas considero relevantes en la vida de la ciudad de Valencia, ya sea por su carácter abarcador y duradero, por su novedad, o por su talante (en parte) provocador y proactivo. Cada uno de ellos constituye un “campo de sociabilidad”, concepto que defino como un espacio de sociabilidad específico, dotado de relativa homogeneidad y congruencia a nivel interno, cultivado por agentes sociales que comparten algún o algunos elementos significativos (ideología, etnicidad, género, etcétera), que puede llegar a generar algún tipo de identidad compartida aprehendido como tal por el conjunto social. El primer campo lo estructura el entramado asociativo de las Fallas; su densi-

dad y permanencia en el tiempo –más de siglo y medio– contrasta con la reciente formación del segundo, que tiene como protagonistas a los “nuevos vecinos”, integrantes de la última oleada migratoria que comienzan a instalarse en el casco urbano en la última década del siglo pasado para expandirse con fuerza en la primera década del siglo XXI. Los otros dos campos de sociabilidad los diseñan con su actividad y prácticas sendos movimientos sociales: el movimiento amplio de mujeres y los movimientos urbanos de protesta.

La ciudad y las Fallas²

Las Fallas son, ante todo, una fiesta de vecindad. Fiesta de calles y plazas, fiesta de barrios que logró convertirse pronto, en 1936, en fiesta mayor de la ciudad para contaminar después con su quehacer ritual a casi un centenar de localidades más, sin perder paradójicamente por ello aquel carácter original. La fiesta se caracteriza fundamentalmente porque se plantan en las calles unos monumentos o conjuntos escultóricos –las llamadas fallas– que tradicionalmente se confeccionaban con madera y cartón, material este que en la actualidad ha dado paso al poliestireno. Los monumentos se plantan la noche del 14 de marzo (la *Plantà*) y se queman cuatro días después, la noche de San José (la *Cremà*).

El vecindario que da soporte a cada uno de los 360 catafalcos que hoy en día se plantan en Valencia durante las fiestas de San José (el doble si contabilizamos las fallas infantiles), se halla perfectamente delimitado a nivel territorial: tiene como centro neurálgico la calle o la plaza donde se planta el monumento, desde el que se extiende por las inmediaciones y calles adyacentes. La territorialidad se determina y refuerza simbólicamente con colectas, pasacalles, colocación de ornamentos y rituales diversos en los que no falta la música, el baile y la comensalidad, mediante los cuales cada comisión fallera se apropia temporalmente de su enclave particular. Porque una cosa es el vecindario, verdadero sujeto social de la fiesta, y otra el grupo organizador que hace posible la construcción de la falla y el programa de festejos. Durante su siglo y medio de andadura, dichas asociaciones han experimentado una evolución en la que destaca una creciente tendencia a la formalización y a la ocupación expansiva de los espacios públicos.

La tendencia formalizadora de las comisiones falleras corre pareja al incremento del número de afiliados y al cultivo cada vez más intenso de la vida asociativa. De este modo, las organizaciones vecinales de carácter más o menos espontáneo de la segunda mitad del XIX sufren un proceso de estructuración interna por el que se dotan primero de algunos cargos directivos, como presidente y tesorero, para convertirse más tarde en asociaciones voluntarias completas. El proceso ya había culminado en los años anteriores a la guerra civil, momento en que se producen también los primeros intentos de coordinación supraasociativa, de los que surge una nueva entidad que integra todas las comisiones falleras de la ciudad y que, a partir del franquismo, pasará a llamarse Junta Central

² Sobre este ámbito existe una bibliografía relativamente abundante que protagonizan los trabajos de Antonio Ariño (1992) y Gil Manuel Hernández (1996). No obstante, para la elaboración de este apartado me apoyo en tres trabajos específicos: Ariño (1992); Hernández (1998) y también Cucó (1990).

Fallera (J.C.F.). El protagonismo de esta "comisión de comisiones" irá *in crescendo*. Por un lado, administra y ordena junto con el Ayuntamiento los cada vez más numerosos y complejos actos de la celebración, los comunes y los propios de cada falla. Por otro, esta entidad, cada vez más complicada en su funcionamiento, reglamentación y capacidad de gestión, se erige en creadora y guardiana de la ortodoxia, generando nuevos intereses que proyectan la fiesta sobre toda la ciudad y aun fuera de ella. Para cumplir con tal menester cuenta con una amplia batería de instrumentos que incluyen desde los reglamentos que rigen el mundo fallero, hasta figuras simbólicas como la Fallera Mayor de Valencia y su Corte de Honor, pasando por rituales tan marcadores como la *Plantà* de las fallas o la *Nit del Foc*.

La ocupación expansiva del espacio público es otra de las caras de la evolución de la fiesta, caracterizada por el crecimiento de los censos falleros, el aumento de los presupuestos y la multiplicación de nuevos actos y festejos. Tal ocupación proviene de la superposición de dos fenómenos paralelos: uno se relaciona con la todopoderosa influencia de la Junta Central Fallera; el otro con el creciente distanciamiento de las comisiones falleras y sus respectivos vecindarios.

Con el afianzamiento paulatino de un órgano central ejecutivo de la fiesta la ciudad se convierte en un territorio ritual único, un espacio de convergencia expresiva y fuerte carga emocional jalonado de hitos festivos y atravesado por itinerarios comunes. Entre los primeros destaco la *Exposició del Ninot*, la *Crida* o pregón de fiestas, las *mascletaes* de la plaza del Ayuntamiento, los castillos de fuegos artificiales del viejo cauce del río y evidentemente, la *Plantà* y la *Cremà* de las fallas, que llenan de público un espa-

cio urbano cuya silueta festiva acaban de diseñar los numerosos itinerarios que por él discurren. Ya se trate de cabalgatas, actos de recogidas de premios a las mejores fallas, o de la destacada e interminable Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados, los recorridos tienen como protagonistas indiscutibles a las comisiones falleras, parten de los territorios propios de cada falla o cada sector fallero³ y discurren siempre hacia el centro, atravesando parte o toda la ciudad, camino que deshacen más tarde tras la finalización de la actividad. Unos y otros, itinerarios e hitos, dibujan los contornos de un territorio ritual que ocupa el centro de la ciudad y es común a todos los que por ella transitan durante los días de fiesta, ya sean visitantes, falleros o vecinos. Es este un espacio ritual extenso, intramuros, que reaviva la silueta de la vieja ciudad amurallada, cuyo perímetro traza incansablemente el recorrido del autobús número cinco. A este centro confluyen en un agitado movimiento de flujo y reflujo los recorridos que manan desde los territorios rituales de base, surgidos al socaire de las comisiones falleras.

Ubicadas en su territorio particular, las comisiones desarrollan una vigorosa vida interna. El clima afectivo y el buen humor, la intensa y frecuente interacción de sus miembros, la convivencia igualitaria y la comensalidad son elementos indispensables que presiden todas las actividades, incluso las más burocráticas. El cultivo de esta vida

³ A partir de los años sesenta del pasado siglo, con el objetivo de controlar y racionalizar la administración de unas comisiones de falla cuyo número se había desbordado siguiendo el crecimiento urbanístico, la J.C.F. dividió la ciudad en sectores falleros que agrupaban a diversas comisiones (Hernández, 1998: 6-7).

asociativa requiere de un lugar estable donde celebrar juntas, reuniones, saraos y festejos. Por eso, tienden a dotarse de una sede social o *casal*; las comisiones más poderosas lo tienen en propiedad, las más humildes lo alquilan. Además del *casal*, centro neurálgico de sociabilidad festera y no en pocas ocasiones vecinal, otros muchos elementos –pasacalles, vallas, banderas, instalaciones luminosas, anuncios de los comerciantes en el *llibret*,⁴ etcétera– contribuyen a delimitar este territorio básico de la fiesta fallera.

Dejando de lado las fobias generadas por la identificación entre fallas y franquismo y a los detractores de la fiesta, ya sea por esa o por otras causas, la interacción entre los barrios y las comisiones falleras ha sido por lo general fluida, al menos hasta hace poco, unos 15 años. Las fronteras entre el vecindario y los falleros y falleras tendían a ser lábiles y porosas, y a propiciar la complicidad y la interacción estrecha. Durante las fiestas el *casal* abría las puertas a la vecindad: bebidas a bajo precio y charla a pie del local se combinaban con el baile popular, con orquestinas y entablados en la calle para el disfrute general, de propios, conocidos y también de extraños. Pero la complicidad que despierta el juego de la reciprocidad se ha ido diluyendo paulatinamente, y ha sido sustituida con cierta frecuencia por la resignación y/o la indignación vecinal. Paralelamente, la sociabilidad asociativa parece haberse incrementado, pero su cultivo tiene lugar puertas adentro, en enormes carpas que invaden la calle y la privatizan, al igual que se privatizan también el jolgorio y la comensalidad festera. Aunque parte de esa sociabilidad continúa haciéndose en la calle, a la vista de todos,

unas omnipresentes vallas metálicas marcan con nitidez la separación entre lo propio y lo ajeno, lo que es de la falla y lo que queda fuera. Lo que sí comparte todo el vecindario es la música ensordecedora que escapa a raudales por las lonas de la carpa hasta altas horas de la noche. El corte entre dentro y fuera haciéndose nítido y tajante, vecinos que no se identifican ni con la comisión ni con sus actuaciones, separación entre los de la falla y los demás, ya sean vecinos del barrio o de otras partes de la ciudad, forasteros o turistas en general. En este proceso de distanciamiento, de pérdida de cercanía y proximidad, el exceso de la fiesta adquiere rasgos de *potlach*: fallas cada vez más grandes, iluminaciones faraónicas y delirantes, música atronadora a cualquier hora. Esta tendencia a la desmesura y los excesos coincide con la empresarialización creciente de las comisiones falleras, al menos de las más boyantes, las de la sección especial. Para poder hacer frente a unos costes cada vez más elevados algunas comisiones se han convertido en verdaderas máquinas de hacer dinero; en otras, son florecientes empresarios los que engrasan las siempre ávidas arcas de la comisión. Mientras, la ciudad ritual⁵ se impregna progresivamente del áspero olor a fritanga que desprenden las churrerías que invaden la ciudad.

Los nuevos vecinos

La llegada de los “últimos” nuevos vecinos ha supuesto el fin de un significativo fenómeno por el que se distinguieron las Fallas hasta hace unas décadas: su fuerte capacidad de convocatoria e integración. De hecho,

⁴ Publicación que es el órgano de expresión festiva de la comisión fallera.

⁵ Título de la obra pionera de Antonio Ariño (1992) sobre las Fallas.

desde mediados del siglo pasado, la fiesta acompañó al crecimiento de la ciudad, de manera que no hubo barrio de nueva creación que no fundara al poco su propia comisión. A ella se afiliaban todos los vecinos, no importa cuál fuera su origen o lugar de nacimiento. Por eso era posible afirmar que en las Fallas, la distinción entre inmigrantes y autóctonos carecía de relieve y significado. Esos inmigrantes convertidos con rapidez en falleras y falleros procedían de otras partes de España, de Castilla y Andalucía, de Extremadura y Aragón. En contraste, los últimos en asentarse en la ciudad son de origen extracomunitario; provienen de Latinoamérica y el Magreb, de China, Pakistán o el África subsahariana. Con ellos, la capacidad de arrastre y seducción de la fiesta se quiebra. La etnicidad, a la que en este caso acompaña la relación de clase, sirve ahora para marcar los límites de la interacción fallera.

Conocer los contornos de esta migración nos permitirá captar más certeramente la sociabilidad específica de los recién llegados, las bases sobre las que se construye y los espacios que ocupa, vislumbrando al mismo tiempo su incidencia sobre la sociabilidad ciudadana.⁶ Nos hallamos ante una inmigración reciente, que comienza a instalarse en Valencia a finales de los ochenta, crece lentamente en la década siguiente para aumentar con rapidez a partir del dos mil. Primero llegan los marroquíes, acompañados de un contingente menor de chinos, argentinos y senegaleses; después, desde los inicios del siglo XXI, ecuatorianos y colombianos nutren

mayoritariamente el flujo de inmigrantes. La heterogeneidad distingue a esta última oleada migratoria: de procedencias, culturas y lenguas; de género, nivel de instrucción y tiempo de asentamiento; de situaciones documentales e inserción sociolaboral. Heterogéneas son también las miradas y actitudes de la autoctonía frente a los distintos colectivos de extranjeros.

Como ha mostrado Francisco Torres (2007: 82 y ss.), en Valencia, la inserción residencial de la reciente inmigración sigue un modelo disperso: se produce en una pluralidad de barrios esparcidos por toda la ciudad, en los que se concentra un número de extranjeros superior a la media; en ellos, los inmigrantes tienden a ocupar las calles y edificios más antiguos y modestos. De esta manera, se conforma una trama discontinua de concentraciones relativas de inmigrantes en determinados puntos del tejido urbano, sin llegar a configurar áreas residenciales homogéneas. Incluso en los barrios con mayor presencia de inmigrantes, estos comparten con los vecinos autóctonos fincas y calles, lo que da lugar a una convivencia residencial amplia, pacífica y distante, en la que escasean las relaciones interétnicas significativas y priman la urbanidad y la indiferencia cortés.

Sí que cabe hablar, sin embargo, de espacios de inmigración, lugares "formados por dos o más barrios en los que una población extranjera determinada establece una trama relacional relativamente intensa que viene dada por la proximidad residencial y por el hecho de compartir redes sociales y locales y lugares de encuentro" (Torres, 2007: 85). En Valencia, el conjunto formado por los barrios de Monteolivét, En Corts y Russafa resulta representativo de esta clase de espacio, en el que ocupa un lugar destacado el

⁶ En todo este apartado tomo como referencia central los trabajos de Francisco Torres (2005, 2007), complementados por las aportaciones de Joan Lacomba (2001), Ramón Llopis y Albert Moncusí (2005, 2008).

último de los barrios mencionados. Además de contar con una presencia inmigrante tradicional, en Russafa proliferan dos tipos de espacios relacionales donde se genera una sociabilidad inmigrante concentrada: los negocios étnicos y los servicios comunitarios, entre los que destaca con mucho el oratorio.

En Russafa, al igual que en el resto de Valencia, los negocios étnicos se han expandido de manera rápida y creciente, y han llegado a representar casi la mitad de los negocios del barrio.⁷ Con formas muy diversas según la cultura –orientados hacia la propia comunidad en el caso de magrebíes y senegaleses, al comercio corriente o banal como ocurre con los chinos, o combinando ambas orientaciones en el caso de los latinoamericanos– estos negocios constituyen un espacio privilegiado de sociabilidad endogrupal con funciones similares, tanto instrumentales como psicosociales: lugar de reunión y encuentro de compatriotas o miembros del grupo étnico, fuente de información y recursos variados, facilitan la inserción en redes informales de los colectivos de inmigrantes, unas redes que se extienden por los ámbitos local, estatal y transnacional.

Al igual que los negocios étnicos y otros servicios comunitarios, las mezquitas constituyen un nodo de sociabilidad migrante.⁸ En inmigración, como destaca Joan Lacom-

ba (2001), la pertenencia musulmana actúa como un factor de identificación y de vinculación colectiva, por encima de diferencias nacionales, étnicas o lingüísticas. De ahí que la mezquita sea bastante más que un espacio de culto y se convierta también –o sobre todo– en un espacio de sociabilidad y solidaridad, de comunicación e intercambio, donde se recrea una comunidad musulmana netamente diferenciada del mundo exterior no musulmán. Las tres mezquitas u oratorios que hay en Valencia, al igual que las otras tres que existen en un radio de cien kilómetros, son un lugar de encuentro y un punto de referencia simbólico de una población dispersa, especialmente con ocasión de la oración colectiva de los viernes.

En Valencia, la sociabilidad de calle de la población inmigrada se halla estrechamente imbricada a los dos espacios mencionados. En Russafa, pero también en otros barrios de la ciudad, tres colectivos de inmigrantes (magrebíes, ecuatorianos y senegaleses) se distinguen por desplegar en la vía pública una vida relacional significativa. La de los magrebíes es sin duda la más visible de todas. Por las tardes, particularmente los viernes y los sábados, los chaflanes de algunas calles del barrio se llenan de grupitos de hombres que charlan entre sí, se mueven de un grupo a otro, entran y salen del oratorio, y confraternizan con los dueños de los negocios magrebíes cercanos –bares y establecimientos de alimentación–, recreando un ambiente etnificado que ha convertido a estas calles en un espacio de referencia tanto para el intragrupo como para el exogrupo, el cual, de manera generalizada lo llama la "zona mora".

Los ecuatorianos y los senegaleses también tienen una sociabilidad callejera importante y visible. Los primeros suelen reunirse

⁷ Según datos de Francisco Torres (2007), en el año 2004 había en Russafa un total de 191 negocios étnicos.

⁸ Defino el nodo de sociabilidad migrante como un espacio privilegiado de sociabilidad endogrupal que se origina al calor de unas prácticas específicas y se desarrolla en lugares con características similares. Por su parte, la sociabilidad inmigrante concentrada resulta de la yuxtaposición de dos o más nodos de sociabilidad.

en grupos informales allí donde hay locutorios y bares regentados por compatriotas. También suelen ocupar la calle los grupos de jornaleros agrícolas de esta nacionalidad que se forman en los lugares donde los recogen o devuelven las furgonetas que los conducen al campo. Característicamente, estos grupos de ecuatorianos suelen integrar mujeres, tienden a ser menos numerosos y a ocupar la calle menos tiempo que sus equivalentes magrebíes. Por su parte, la sociabilidad de calle de los senegaleses se concentra en torno de las tiendas al por mayor que gestionan los miembros del colectivo durante los días y horas de comercio, momento en que es frecuente ver a pequeños grupos de individuos que llegan para surtirse de mercancías o para preguntar por alguien, que se hacen y deshacen en un ir y venir continuo.

De estos nodos de sociabilidad callejera, la que despierta más susceptibilidades y celos entre los vecinos y vecinas autóctonos es, sin lugar a dudas, la de los magrebíes. Genera un discurso que se modula en torno a la extrañeza, la inseguridad y la inconveniencia del fenómeno, y que en su vertiente más negativa suele destacar dos aspectos: el incumplimiento de las reglas de urbanidad, en especial frente a las mujeres, y su vinculación con la delincuencia y la inseguridad ciudadana. Junto a este discurso problematizador coexiste otro que desdramatiza a estos grupos y destaca a menudo las afinidades entre este tipo de cultura, masculina y callejera, y la que existió hasta no hace mucho en los pueblos valencianos (Torres, 2007: 275 y ss.).

Es evidente que estas sociabilidades de calle no agotan los usos que los nuevos vecinos hacen de los espacios públicos de la ciudad. Precisamente, su presencia cotidiana en jardines, calles y plazas, en la puerta de las

escuelas o en las paradas del autobús constituye una de las razones de la creciente visibilidad social de los inmigrantes en Valencia. Más allá de la simple deambulación o paseo, el uso común que del espacio público hacen los nuevos y los viejos vecinos da lugar a dinámicas sociales de signo distinto que suavizan, o por el contrario tensan, los hilos de la convivencia interétnica. En ocasiones, el uso compartido del espacio por parte de grupos de autóctonos y de inmigrantes adopta la forma de una cohabitación distante y pacífica, en la que se combinan la proximidad espacial y la distancia relacional.⁹ En otras, tal y como ya hemos visto sucede con los grupos de calle magrebíes, la concentración de inmigrantes provoca reacciones poco favorables entre la autoctonía. Ese malestar e incomodidad también se hizo extensivo durante cierto tiempo a otro colectivo inmigrante, el de los ecuatorianos, a los que se achacó una ocupación abusiva de un tramo del Jardín del Turia.¹⁰ Desde hace una década, durante los fines de semana y en especial los domingos,

⁹ Este es el caso de lo que ocurre las noches de los fines de semana de verano, cuando unos cuantos centenares de latinoamericanos, repartidos en grupos familiares, se instalan en la parte norte del paseo Marítimo, la más popular, con mesitas y sillas de *camping*. Reproducen así lo que hacen numerosas familias valencianas desde hace décadas: aprovechar la brisa del mar y cenar al fresco (Torres, 2005, 2007).

¹⁰ El Jardín de Turia ocupa el viejo cauce del río que atraviesa la ciudad de oeste a este, rodeando casi por completo el centro histórico. Como destaca Francisco Torres (2005: 38), el malestar vecinal fue *in crescendo* hasta el 2002 y remitió con rapidez tras la intervención del Ayuntamiento; dicho malestar se concretaba en cuatro bloques de quejas: la ocupación invasiva y exclusivista del jardín; la realización de actividades insalubres y prohibidas, como cocinar o cortar el pelo; la suciedad y degradación que se deriva de ellas; y la inseguridad generalizada.

dicho parque viene siendo testigo de una sociabilidad migrante generalizada que se despliega en torno a una actividad estrella, el fútbol, que congrega a grupos familiares, adultos y pandillas de jóvenes, de la que es promotora y responsable la Asociación de Inmigrantes Latinoamericanos y Ecuatorianos Rumiñahui (Llopis y Moncusí, 2005; Moncusí y Llopis, 2008).

La mención de Rumiñahui me permite introducir la última faceta de la sociabilidad migrante: la que representa la sociabilidad formal. En teoría, esta puede adoptar dos formas básicas: una supone la presencia de los nuevos vecinos en las organizaciones autóctonas; la otra, su repliegue en el intra-grupo, en lo que se conoce desde hace tiempo como asociaciones de *originaires*. En Valencia, al igual que ocurre en el conjunto de Europa, es la última modalidad la que domina en la experiencia inmigrante. Lo que vimos que ocurría con las Fallas no es, por tanto, una excepción. En Russafa, tenido como paradigma de barrio de inmigración, ni la asociación de vecinos, ni la asociación de comerciantes, ni tampoco las distintas ONG que tienen aquí su sede cuentan con socios migrantes. Este hecho contrasta con la aparición de un número creciente –aunque todavía modesto– de asociaciones de inmigrantes de distintas procedencias (argelinos, marroquíes, ecuatorianos, peruanos, senegaleses, rumanos y un etcétera no demasiado más largo) que combinan las actividades volcadas hacia el endogrupo con otras orientadas hacia la sociedad de recepción. Entre las primeras sobresalen las que poseen un carácter de encuentro –lúdico, deportivo o solidario–; en las segundas, las de denuncia y presión. Muchas de estas organizaciones participan además en plataformas unitarias como la Coordinadora de Asociaciones de

Inmigrantes o el Foro Alternativo de la Inmigración, surgido frente al oficial Foro Valenciano de la Inmigración.

Mujeres en la ciudad

La consideración de la mujeres como colectivo en situación de mutismo sociocultural (del Valle, 1997: 162), me permite abordar un nuevo campo de sociabilidad en el que sobresalen los procesos de transformación y creación, y cuya especificidad reside en la particular combinación de tres rasgos: poseer un carácter heterogéneo y múltiple; integrar espacios pensados y protagonizados por mujeres; ser capaz de generar unos espacios de confluencia en los que concurren todo tipo de organizaciones de mujeres, feministas y no feministas. Este campo de sociabilidad posee un fuerte potencial de cambio: por un lado, contribuye de manera decisiva a restituir públicamente la voz y la imagen de las mujeres; por otro, favorece la creación de nuevas formas de tejido social.

El asociacionismo femenino de la ciudad de Valencia¹¹ reúne a un total de 55 organizaciones y grupos que se estructuran en cinco espacios distintos. El primero, conformado por el feminismo partidario, está integrado por dos asociaciones de mujeres vinculadas a los dos partidos políticos mayoritarios: la Asociación de Mujeres para la Democracia, ligada al PP, y la Federación de Mujeres Progresistas, ligada al PSOE. Pese a carecer de una presencia pública digna de

¹¹ En todo este apartado seguiré de cerca a Teresa Yeves (2006), cuya tesis doctoral, todavía inédita, constituye una referencia obligada cuando se trata de presentar el panorama actual de las asociaciones y el movimiento feminista en Valencia.

mención, la primera organización goza de un protagonismo institucional notable; tras el desembarco del PP en el gobierno autonómico a mediados de los años noventa, se ha convertido en gestora de programas y receptora de fondos públicos, detentando al mismo tiempo cierto protagonismo institucional al lado del gobierno. Por su parte, desde que el PSOE pasara a la oposición en la Comunidad Valenciana, las Mujeres Progresistas han radicalizado su postura, incluyendo el feminismo en sus discursos y programas y participando de manera habitual en los actos y celebraciones conjuntos del feminismo. La fiesta anual en la que reparten los “Premis Dones Progressistes”, que van ya por su decimosexta edición (año 2008), se ha convertido en un importante lugar de encuentro de las mujeres que luchan por la igualdad, feministas y no feministas.

El segundo espacio asociativo lo construyen las asociaciones de mujeres de barrio. Surgidas del movimiento vecinal de barrios periféricos, en su evolución se observan dos tendencias diferenciadas: una ha supuesto su conversión en asociaciones autónomas de mujeres ligadas al movimiento feminista; en la otra, las organizaciones mantienen su prioridad y objetivos dentro del marco del movimiento vecinal. En ambos casos, las asociaciones mantienen la base territorial, se configuran como auténticos espacios puente que permiten a las mujeres del barrio salir del ámbito del hogar para unirse con otras mujeres, lo que crea unos espacios propios que propician aprendizajes, generan nuevas socializaciones y favorecen la adquisición de nuevos protagonismos (del Valle, 1997: 164). En ocasiones, el espacio propio que construyen traspasa los límites del barrio y en un vertiginoso movimiento de salto hacia adelante conquistan el centro geográfico de

la ciudad, en el que mediante unos actos cuidadosamente programados (ciclos de seminarios), ocupan unos espacios de gran proyección y enjundia: financiero (Centro Cultural Bancaixa), cívico (el Ateneo Mercantil de Valencia), o académico (Colegio Mayor Rector Peset). En virtud de esas convocatorias, dichos lugares se convierten en espacios de confluencia donde mujeres de barrio, a las que se suman otras de procedencia distinta, se reúnen para cultivarse en parcelas de la cultura culta.¹²

La Casa de la Dona conforma por sí sola el tercer espacio asociativo de las mujeres de la ciudad. Lugar por excelencia —en el sentido que da Marc Augé (1993) al término— del feminismo autónomo de Valencia, en la Casa convergen varios grupos¹³ que a mediados de los noventa se plantearon el reto de revitalizar y unificar los restos del movimiento feminista histórico. Desde ese espacio de encuentro se han seguido los hitos del feminismo español y se han construido también los propios en el País Valenciano. Aunque lleva hoy en día una existencia un tanto lánguida, la Casa de la Dona continúa siendo el

¹² Se trata de los *Seminaris de Dones Grans*, en los que se aborda el pensamiento de filósofos y filósofas, tanto contemporáneos como clásicos.

¹³ A principios de la primera década del siglo XXI, la Casa de la Dona integraba hasta cuatro grupos distintos, a saber: la *Comissió 8 de Març* (que pertenece a la Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado Español y al movimiento cultural *Revolta del País Valenciano*, y provienen del feminismo socialista y de la doble militancia); las *Mujeres por la Salud y Paz*; las *Mujeres de Negro*; y el más reciente de todos, la *Comisión de la Marcha de Mujeres 2000*. Completan el panorama de la Casa otras socias que aunque no pertenecen a los grupos mencionados, coinciden en diferentes feminismos (socialista, pacifista, radical, lesbiano, de la diferencia e independiente).

referente en Valencia del feminismo histórico y eso le concede, a la Casa y a los grupos que la habitan, una autoridad y un protagonismo que se deja sentir con frecuencia, tanto cuando se trata de impulsar y crear espacios de confluencia como de convocar manifestaciones unitarias.

Los colectivos de mujeres jóvenes radicales conforman un cuarto espacio específico de sociabilidad femenina. Sus integrantes tienen todas menos de 30 años, han participado en experiencias asamblearias en Kasales Populares Okupados, son anticapitalistas y altermundistas, y llegaron al feminismo cuando vieron en sus radicales compañeros de okupación rasgos machistas y planteamientos contradictorios. Comenzaron creando espacios y asambleas de mujeres en los centros okupados, luego okuparon casas ellas solas y empezaron a leer feminismo y a organizar sus propios grupos.¹⁴ Son pocas pero muy activas. Comparten experiencias, reivindican la necesidad de espacios de mujeres en el movimiento okupa y defienden su lugar específico en el movimiento feminista.

Las asociaciones de amas de casa constituyen el último espacio de sociabilidad femenina organizada de la ciudad. Las entidades que lo integran se alinean en dos grandes federaciones, Tyrius y Aitana, cuyos rasgos guardan relación con las características de sus bases sociales e ideológicas y de sus respectivos territorios de implantación: mientras que las primeras son consideradas una organización conservadora, las segundas se posicionan en posturas progresistas; mientras que las Tyrius se concentran en las peda-

nías que aún quedan en la comarca de l'Horta¹⁵ (La Torre, Pinedo, El Palmar, etc.), los grupos de Aitana se ubican preferentemente en los barrios obreros de la periferia. Ambas desempeñan no obstante funciones muy similares: la socialidad generalizada y el disfrute del tiempo libre.

Pese a su evidente heterogeneidad, todos estos grupos han sido capaces de generar unos espacios de confluencia que los comunican y reúnen. Inspirándome en Teresa Yeves, defino los espacios de confluencia como los lugares, conmemoraciones o actos que concitan —o donde se concita— la comunión de personas y grupos provenientes del mismo ámbito de interés pero con orientaciones ideológicas diversas, siendo distintivo de tales espacios el carácter puntual y finito de la confluencia. En el caso del movimiento amplio de mujeres de Valencia, se detectan confluencias de dos tipos: una tiene lugar en la calle y toma la forma de manifestación conmemorativo-reivindicativa; la otra se efectúa con motivo de actos específicos, se celebra en espacios cerrados y reúne a grupos de tendencias afines, a los que suelen sumarse siempre mujeres no afiliadas. Dos manifestaciones, la del 8 de marzo, día internacional de la mujer, y la del 25 de noviembre, día internacional para la eliminación de la violencia sobre las mujeres, representan el primer tipo de confluencia. De las segundas son ejemplo las Jornadas de la Marcha 2000, "Els Encontres de Dones de l'Horta Sud", los Premios Anuales de la Mujeres Progresistas o los "Seminaris de Dones Grans".

¹⁴ Es el caso de la Asamblea de Dones, del Grup de Reflexió Feminista, del Baix de Dones del Cabanyal o la asamblea de Mujeres Preokupando.

¹⁵ Comarca que antes rodeaba la ciudad y ahora se confunde con ella.

Movimientos urbanos¹⁶

Valencia, al igual que las otras grandes ciudades españolas, ha convertido la renovación de la oferta urbana en motor de transformación de su base de actividades. Esta apuesta de cambio ha generado una fuerte expansión urbanística de la ciudad y una profunda transformación de su perfil urbano; la primera se realiza a expensas de la huerta, la segunda muta barrios enteros. Una parte de la ciudadanía siente un profundo malestar ante este proceso de construir destruyendo, se coordina y protesta. Por eso, a partir de los años noventa, las movilizaciones urbanas cobran nuevo protagonismo y peso.¹⁷

Los focos de este malestar ocupan tres espacios geográficos distintos. El primero se ubica en lugares que fueron anexionados a la ciudad a finales del XIX y cuyos habitantes todavía “van a Valencia”, es decir, que tienen una débil interiorización de su condición de ciudadanos de Valencia. Probablemente, el conflicto urbano resulta aquí de combinar la persistencia de una identidad local propia y el abrumador olvido al que han estado some-

tidos desde el día siguiente de su forzada integración. El segundo foco lo forman algunos barrios del centro histórico que han sufrido un proceso de degradación extensa e intensa desde la gran riada de 1957. Pese a la política de rehabilitación iniciada hace más de 15 años, dichos barrios acumulan toda una serie de problemas que pueden sintetizarse en dos palabras: solares y ruido (Dolç, 2006).¹⁸ Comparativamente, la vertebración ciudadana es aquí bastante más débil y dispersa, en consonancia con un tejido social envejecido y ambiguo, con procesos simultáneos de degradación y gentrificación. El tercer y último eje de malestar urbano¹⁹ se concentra en torno a algunas obras singulares, como el proyecto de las torres del Jardín Botánico, las obras del estadio del Valencia C.F., o el edificio de la antigua Tabacalera. Precisamente, el primero de ellos, el pionero “Salvem el Botànic”, marcó el inicio y también la pauta de la oleada de protestas de los años noventa, y se erigió como referente y modelo de otras muchas experiencias reivindicativas posteriores, tanto de la capital como de fuera de ella.

Una cuestión básica anima a estos movimientos de contestación ciudadana: la oposición a proyectos y actuaciones promovidos o amparados por el Ayuntamiento, que consideran lesivos para sus intereses o para el bien colectivo. Comparten también unas formas

¹⁶ En este apartado sigo de cerca un trabajo realizado con anterioridad (Cucó, 2007).

¹⁷ En Valencia la protesta ciudadana no es sin embargo nueva. En pleno tardofranquismo, en paralelo a las luchas de las asociaciones de vecinos que reivindicaban servicios y actuaciones urbanísticas básicas y del movimiento político que pugnaba por recuperar las libertades democráticas, se promueven dos grandes campañas contra otros tantos proyectos del Ayuntamiento franquista. El primero suponía la privatización y destrucción de un paraje de gran valor ecológico, la Albufera y su Devesa del Saler, cercano a la ciudad y propiedad de la corporación municipal; el segundo situaba el trazado de la autopista de Levante por el viejo cauce del Turia. La acción ciudadana consiguió la completa anulación de ambos proyectos.

¹⁸ Solares por la gran cantidad de parcelas baldías –más de quinientas– que antaño ocuparon edificios hoy derruidos. Ruido por el elevado grado de contaminación acústica que produce la vida nocturna que gira en torno a las terrazas y bares que literalmente han invadido ciertas zonas del centro histórico.

¹⁹ Concepto que tomo prestado de Josep Sorribes (2003), y que supone la existencia de grupos sociales específicos que evidencian su desacuerdo con situaciones o políticas urbanas concretas.

de hacer y de reivindicar, en las que se combinan las acciones de corte más convencional con otras más innovadoras y audaces. Entre las primeras destacan las acciones de tipo administrativo y judicial; entre las segundas, las intervenciones artísticas y los espectáculos lúdicos y callejeros. El variado repertorio que integra este último tipo de actuaciones se distingue por su carácter multifuncional (mezcla de difusión e información, de protesta y fiesta), por su escaso convencionalismo y por el importante papel que el arte, en sus variadas formas, juega. Con esa creatividad se han abrazado manzanas de casas enteras, plantado una huerta a las puertas del ayuntamiento y pintado murales llenos de vida. Sus acciones ocupan las calles y el espacio público, al igual que lo hacen tantos y tantos movimientos sociales por todo el mundo. Pero además, en virtud de la síncreisis entre protesta y creatividad cultural, artística y estética, alguna de ellas ha llegado a adquirir la rara capacidad de convertir lo individual y privado en colectivo y público, de hacer del hogar doméstico un instrumento de intervención política que señala el conflicto y favorece el posicionamiento ciudadano. Es el caso del "Cabanyal Portes Obertes", un tipo de acción singular que en octubre de 2008 ha celebrado su décima edición y que se distingue por el lugar donde se realiza la exposición de las obras artísticas en pro de la rehabilitación del barrio: las casas de algunos vecinos que durante los días del evento abren sus puertas al público.

La composición de estos movimientos es muy heterogénea. Sus protagonistas son hombres y mujeres provenientes de clases populares y clases medias, que se reúnen en organizaciones de corte variado que se distinguen por su talante flexible y fluido y por gobernarse de forma asamblearia. Casi todas

estas entidades empezaron a funcionar por el impulso de unas pocas personas que, poco a poco, consiguen concitar voluntades organizando un sinfín de actividades para alcanzar sus objetivos y metas, desde la convocatoria de manifestaciones y la edición de libros, revistas y carteles, hasta la interposición de recursos, la organización de conciertos o la realización de vídeos y discos.

Si se las considera separadamente, buena parte de estas movilizaciones posee un carácter reactivo: se alzan contra los efectos perversos de nuevas infraestructuras y proyectos urbanísticos y, en algunos casos, la defensa se produce cuando los problemas son ya muy graves o casi irreversibles. En otras ocasiones, tal vez las menos, presentan los rasgos de un movimiento proactivo: plantean alternativas a los proyectos oficiales y avanzan nuevas ideas sobre "la ciudad que queremos" (Torres, 2003). Sin embargo, si se las mira desde una perspectiva más amplia se observa que, en los últimos años, parece estar reforzándose la tendencia transformadora. Dos acontecimientos de orden distinto resultan ilustrativos de este proceso. Ambos comportan la ocupación reivindicativa del espacio público. El primero ocurrió en abril de 2006: ante la imposibilidad de acceder de forma habitual al pleno del Ayuntamiento,²⁰ los integrantes de asociaciones vecinales y plataformas ciudadanas celebraron a sus puertas, en plena plaza pública, el primer "pleno municipal alternativo" (después han celebrado dos más). De este modo añadían

²⁰ La Federación de Asociaciones de Vecinos de Valencia venía denunciando repetidamente que un grupo de afines al PP y partidarios de la alcaldesa ocupaban de manera sistemática los palcos de invitados del Pleno, con lo que privaban a los vecinos con problemas en sus barrios de poder acudir a expresar sus reivindicaciones.

una exigencia común a la lista de sus reivindicaciones particulares: ejercer el derecho a expresarse democráticamente en el pleno municipal. Por su parte, el segundo acontecimiento nos habla del proceso de convergencia de los numerosos colectivos de defensa del territorio existentes en el País Valenciano en una plataforma cohesionada y flexible que, bajo el nombre de “Compromís pel Territori”, corporeiza la idea de unión mediante una red interconectada. Meses antes de su creación (julio de 2005), tuvo lugar la primera manifestación unitaria –y ya van cuatro hasta el momento– que sentó las bases para futuras actuaciones conjuntas.

Conclusiones

Tomando la ciudad de Valencia como eje para escrutar las sociabilidades urbanas, he enfocado cuatro ámbitos específicos que comparten un mismo atributo: la capacidad de expandirse más allá de las fronteras de los recintos que les son propios para proyectarse en el espacio público, apropiarse de él temporal o cíclicamente, y moldear parcialmente con su actividad el acontecer de la urbe. Sobre esta base empírica abordaré ahora ciertas cuestiones de carácter más general, para lo que tomo como punto de partida las nociones de campo de sociabilidad y grado de centralidad de los campos de sociabilidad.

Como precisé con anterioridad, por campo de sociabilidad entiendo un espacio de sociabilidad específico, dotado de relativa homogeneidad y congruencia a nivel interno, cultivado por agentes sociales que comparten algún o algunos elementos significativos (ideología, etnicidad, género, etcétera), que puede llegar a generar algún tipo de

identidad compartida aprehendido como tal por el conjunto social. Por su parte, el grado de centralidad de un campo viene determinado por la conjunción de tres variables: la relación con el poder institucional (coincidencia/antagonismo); la capacidad de impregnación o arrastre social (fuerte/débil); la capacidad de apropiación del espacio público (discutida/no discutida). A tenor de dicho grado, los campos de sociabilidad pueden ser ordenados en un *continuum* en cuyos polos sitúo dos modelos extremos, representados respectivamente por las nociones de “campo de sociabilidad central” y “campo de sociabilidad periférico”. El primero se define por su coincidencia o sintonía con el poder institucional, por su fuerte capacidad de impregnación o arrastre social y por una capacidad no cuestionada socialmente de apropiación del espacio público. En contraste, el segundo modelo destaca por su relación conflictiva con el poder institucional, su escasa capacidad de impregnación o arrastre social y por una capacidad discutida o incierta de apropiarse del espacio público. Dado que los campos de sociabilidad poseen un carácter dinámico, su grado de centralidad puede también variar de manera sustancial en la medida que mude o se altere la relación de los parámetros que lo definen.

Del conjunto de campos observados en Valencia, el único que se acerca al modelo de sociabilidad central es el que conforma el tejido social fallero, mientras que los tres campos restantes comparten sin excepción una posición periférica. Un escrutinio más detallado permite, sin embargo, detectar cierto grado de centralidad en cada uno de los campos periféricos, centralidad que posee un carácter parcial ya que reposa en una sola de las variables retenidas: la capacidad de arrastre social, facultad que considero es a un

tiempo potente pero limitada. En el caso de la sociabilidad inmigrante esa centralidad se concreta en tres fenómenos que se superponen de hecho: los nodos de sociabilidad migrante, la sociabilidad inmigrante concentrada y los espacios de inmigración. Los primeros se generan al calor de los negocios étnicos, los servicios comunitarios y las diversas expresiones de la sociabilidad de calle, que coadyuvan a conformar unos espacios privilegiados de sociabilidad endogrupal que cumplen funciones expresivas e instrumentales. Los segundos surgen de la conjunción de uno o más nodos de sociabilidad migrante en un espacio urbano relativamente bien delimitado, ya sea barrio, jardín, calle(s) o plaza. Finalmente, los espacios de inmigración están formados por dos o más barrios en los que una población inmigrante determinada establece una trama relacional relativamente intensa.

Por su parte, la centralidad parcial que distingue a los movimientos urbanos y al movimiento amplio de mujeres se halla en función de la capacidad de generar espacios de confluencia, que concitan de manera puntual la comunión de personas y grupos provenientes del mismo ámbito de interés pero con orientaciones ideológicas diversas. En los referidos campos de sociabilidad, las confluencias más importantes toman la forma de manifestación ciudadana, a través de la cual consiguen apropiarse por un breve lapso de tiempo del espacio público, para convertirlo, como dice Manuel Delgado, "en prosenio de dramaturgias colectivas" (Delgado, 2007: 155).

Estas confluencias evidencian que los campos de sociabilidad no tienen un carácter estanco. Por el contrario, por la vía de las organizaciones que los integran y las personas que los cultivan, frecuentemente se pro-

ducen entre ellos intersecciones múltiples, que aúnan voluntades y difuminan fronteras y límites. Pero esos encuentros tienen por lo general un carácter puntual y finito: se llega a ellos desde opciones ideológicas y prácticas diversas, se permanece en ellos de manera temporal, para volver a separarse de nuevo al finalizar el evento. Las confluencias que desbordan los límites de los campos de sociabilidad pueden ocurrir en momentos puntuales, tal y como sucedió en la lucha de La Punta,²¹ que ejemplifica la alianza que en ocasiones llega a darse entre el movimiento ciudadano, el movimiento okupa y los colectivos de mujeres jóvenes radicales. Pueden acontecer también de manera periódica, como pasa en el ciclo más o menos amplio de manifestaciones ciudadanas que desde los inicios de la democracia jalonan de manera estable el calendario anual de las ciudades españolas. En el caso de Valencia, ese calendario ritual-reivindicativo comienza con la manifestación del 8 de marzo, sigue con las

²¹ La Punta fue una zona de alquerías y huerta situada al sur de Valencia, junto al mar, que ya no existe. Pese a la tremenda lucha de sus vecinos y vecinas, esta pedanía ha desaparecido engullida por la Zona de Actividad Logística (ZAL) del Puerto de Valencia, proyectada sobre 762.000 metros cuadrados, la mayoría de huerta productiva. La lucha vecinal dio comienzo en 1993 y casi una década después, entre septiembre de 2002 y marzo de 2003, más de 200 vecinos fueron desalojados, sus alquerías derruidas y los campos que trabajaban aplanados por apisonadoras. Es aquí donde aparecen por primera vez en escena unos nuevos y jóvenes actores que se integraron en el vecindario a petición de la asociación de vecinos, se incorporaron de lleno a su lucha, imprimiendo un particular marchamo a su desarrollo. Eran colectivos de mujeres jóvenes radicales y otros integrantes del movimiento okupa, que junto a los miembros de un grupo ecologista, protagonizaron algunas de las acciones más espectaculares de esta desesperada protesta.

del 25 de abril²² y el 1 de mayo, continúa con la del 9 de octubre,²³ para acabar con la ya reseñada del 25 de noviembre. Aunque se trate de protestas conmemorativas convocadas en función de intereses y objetivos específicos, concitan por lo común a un público parecido, a gente que suele ser identificada como “progre”, o que se reclama de forma separada o conjunta feminista, nacionalista y de izquierdas. En cualquier caso, como se hace patente en las manifestaciones señaladas, los complejos juegos de inclusión de las sociabilidades urbanas generan en paralelo

otros espacios de signo opuesto. De espacios de exclusión los califica Teresa del Valle cuando analiza la cualidad de ciertos espacios (físicos) urbanos, unos espacios que define en relación con la marginación que producen, ya sea porque haya personas que los evitan, o porque su configuración establece barreras infranqueables (2000: 66). Por eso, las manifestaciones de signo progresista no suelen ser frecuentadas por las gentes de signo contrario, a no ser que sea para abuchear a los manifestantes o ejercer contra ellos violencias más contundentes.

²² De signo nacionalista y progresista, conmemora la batalla de Almansa (25 de abril de 1707), en la que las tropas de Felipe V derrotaron a las del archiduque Carlos de Austria en el contexto de la Guerra de Sucesión. Como consecuencia, y en virtud del decreto de Nueva Planta (1714), el Reino de Valencia perdió los fueros que le eran propios, quedando en todo sujeta a las leyes de Castilla.

²³ De signo nacionalista y progresista, conmemora la entrada del rey. No se menciona el número de página.

Bibliografía

- ARIÑO, Antonio (1992) *La ciudad ritual. La fiesta de las Fallas*, Barcelona, Anthropos.
- (1993) "La sociabilidad festera", in J. CUCÓ (dir.) *et ál.*, *Músicos y festeros valencianos*, Valencia, IVA-ECM - Generalitat Valenciana, 129-233.
- AUGÉ, Marc (1993) *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa.
- CUCÓ, Josepa (1990) "El entramado asociativo de las Fallas", in A. ARIÑO (dir.) *Historia de las Fallas*, Valencia, Ed. Levante E.M.V., 245-263.
- (2004) *Antropología urbana*, Barcelona, Ariel.
- (2007) "Los movimientos urbanos en la ciudad de Valencia: contexto y caracterización", ponencia invitada en las *III Jornadas de Antropología Urbana. Ciudades globales y culturas locales*, Bilbao (en prensa).
- DELGADO, Manuel (2007) *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona, Anagrama.
- DEL VALLE, Teresa (1995) "Metodología para la elaboración de la autobiografía", in C. SANZ RUEDA (coord.) *Invisibilidad y presencia. Seminario Internacional "Género y trayectoria profesional del profesorado universitario"*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense, 281-289.
- (1997) *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*, Madrid, Cátedra.
- (2000) "Puentes entre la antropología urbana y el desarrollo urbanístico", *Ankulegi*, 4: 61-72.
- DOLÇ, Carles (2006) "Ciutat Vella: de solars i soroll", *Levante-EMV*, 19 de marzo.
- HERNÁNDEZ Gil Manuel (1996) *Falles i franquisme a València*, Catarroja, Afers.
- (1998) "Microidentidades colectivas: el caso de la fiesta en el País Valenciano", Ponencia en el *VI Congreso Español de Sociología*, A Coruña.
- LACOMBA, Joan (2001) *El Islam inmigrado. Transformaciones y adaptaciones de las prácticas culturales y religiosas*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- LLOPIS, Ramón y Albert MONCUSÍ (2005) "'El deporte une bastantísimo aquí': las ligas de fútbol de la Asociación de Latinoamericanos y Ecuatorianos Rumiñahui en Valencia", in G. HERRERA; M. C. CARRILLO; A. TORRES (eds.) *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*, Quito, FLACSO, 493-512.
- MONCUSÍ, Albert y Ramón LLOPIS (2008) "'Más que todo, entre nosotros'. Las ligas de integración de inmigrantes en Valencia", in L. CANTARERO; F. X. MEDINA (coords.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación*, Donostia, Ankulegi, 91-106.
- TORRES, Francisco (2005) "Los espacios públicos en la ciudad multicultural. Reflexiones sobre dos parques en Valencia", *Cuadernos del Observatorio de las Migraciones y de la Convivencia Intercultural de la Ciudad de Madrid*, 1: 33-52.
- (2007) *Nous veïns a la ciutat. Els immigrants a València i Russafa*, Valencia, PUV.
- SIMMEL, Georges (1986) *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza.
- (1999) "Las grandes ciudades y la vida intelectual", in V. URRUTIA (ed.) *Para comprender qué es la ciudad*, Pamplona, Verbo Divino, 89-96.
- SORRIBES, Josep (2003) "El malestar urbà a València: a propòsit dels 'salvem'", *Mètode*, 31.

YEVES, Teresa (2006) *Asociaciones de mujeres y movimiento feminista*, Tesis doctoral, Universitat de València.

Hitz-gakoak:

antropologia urbanoa, soziabilitate urbanoa, soziabilitate eremua, espazio publikoa, soziabilitate zentrala, soziabilitate periferikoa.

Laburpena:

Valentzia soziabilitate urbanoak ikertzeko ardatz hartuta, artikuluak lau hiri eremu fokatzen ditu (Fallak jaiaren inguruko elkarte bilapena, immigranteen soziabilitatea, emakumeen mugimendu zabal eta protestarako mugimendu urbanoak), ezaugarritzat dute-eta berezkoak dituzten eremuen mugetatik harantzago hedatu eta espazio publikora proiektatzea eta hartaz aldi baterako edo aldian-aldian jabetzea, haien jardunaz hiriko gertaerak itxuratzen dituztela. Oinarri empiriko hori edukita, gai orokorrako batzuei heltzen diete, hartarako soziabilitatea eta soziabilitate eremuen zentraltasun mailak eremu kontzeptuak erabilirik. Halako kontzeptuek soziabilitate espezifikoak alderatzea erraztu ez ezik, zentraltasuna-periferia *continuum*aren barruan kokatzea bideratzen ere dute.

Mots-clés :

anthropologie urbaine ; sociabilité urbaine ; domaine de sociabilité ; espace public ; sociabilité centrale ; sociabilité périphérique.

Résumé :

À partir de l'examen des sociabilités urbaines de la ville de Valence, l'auteur se penche sur quatre champs spécifiques (le tissu associatif des Fallas, la sociabilité des immigrants, le vaste mouvement des femmes et les mouvements de protestation urbains), caractérisés par leur capacité à s'étendre au-delà des frontières des zones qui leur sont propres, afin de se projeter dans l'espace public et de s'en emparer de manière temporaire ou cyclique, tout en modelant grâce à leur activité la succession des événements dans la cité. C'est donc sur cette base empirique que l'auteur évoque certaines questions d'ordre plus général en introduisant les notions de domaine de sociabilité et de degré de centralité des domaines de sociabilité. De tels concepts facilitent la comparaison des sociabilités spécifiques et permettent de les situer à l'intérieur du *continuum* centralité-périphérie.